

Repetía las palabras, con un deleite sonriente y estático, porque para él eran las cosas mismas

Javier Blasco
Catedrático de Literatura Española
Universidad de Valladolid

Quiero comenzar con una historia que todos ustedes conocen. En 1916, mientras cruzaba el Atlántico para casarse, Juan Ramón recibe la noticia de la muerte de Rubén Darío. La noticia le llega el lado de febrero y Juan Ramón la recoge en su *Diario* con estas palabras:

Sí. Se le ha entrado
a América su rruiseñor errante
en el corazón plácido. ¡Silencio!
Sí. Se le ha entrado
a América en el pecho
su propio corazón. Ahora lo tiene,
parado en firme para siempre,
en el definitivo
cariño de la muerte [...]

¡Ahora sí, musas tristes,
que va a cantar la muerte!
¡Ahora sí que va a ser la primavera
humana en su divina flor! ¡Ahora
sí que sé dónde muere el rruiseñor!

**

En los minutos de que dispongo voy a intentar reivindicar la dimensión ideológicamente comprometida de Juan Ramón Jiménez, poeta a quien el destino unió y confundió (en la vida y en la muerte, en el amor y en el trabajo), con la naturaleza desbordante y con la gente delicada de esta –como mágicamente la bautizó él– "isla de la simpatía".

Títulos como *Estética y ética estética*, que JRJ eligió en los años 20 para sus aforismos, muestran que no es fácil reducir al cliché del esteticismo toda la escritura del moguerense anterior a 1936. Pero es un hecho que la guerra civil española, y lo que el poeta vio y vivió en primera persona a partir de 1939 inclinaron la balanza de su escritura del lado de la ética. Las páginas de *Guerra en España* dan cumplida cuenta del punto que alcanza el compromiso de la escritura juanramoniana con el mundo que le rodeaba.

Pronto España se hizo inhabitable y los Jiménez hubieron de salir con destino a América. Primero, a Nueva York y, enseguida, a la América de habla española: Puerto Rico, Cuba, Argentina, y otra vez Puerto Rico. Y la América latina cambió completamente a Juan Ramón. Su poética, que venía gravitando hasta entonces, en torno a conceptos como "expresión" y "conocimiento", se transforma para convertir la escritura en manantial de "conciencia". Su palabra, en los grandes poemarios del destierro (*Espacio*, *Romances de Coral Gables*, o *Dios deseado y deseante*) tiene otro sonido, otra reverberación a la de los libros españoles. Pero, cuando hablo de cambio, me refiero, sobre todo, a su nueva actitud vital: él, que hasta entonces, había huido siempre de los actos públicos, comienza a dictar conferencias a lo largo de toda la costa este de los Estados Unidos y los títulos de estas conferencias son bien reveladores del cambio: *El Trabajo gustoso*, *Política poética*, *La razón heroica*, *Límites del progreso...* Extraigo, de uno de estos títulos, un fragmento que creo que pone en su lugar la exigencia ética que Juan Ramón demanda, también en el trabajo del poeta:

"El hombre político me parece que es, lo repetiré siempre, el administrador de un pueblo, un administrador provisional, un albacea sucesivo, un tutor [obligado a servir a su pueblo y a ayudarle a] vivir siempre en presente, si quiere hacerles prosperar de veras; y no digo vivir en futuro, porque, acaso, el desequilibrio no lo soportaría y este vivir en futuro es la función de los poetas precursores de los políticos" (*La razón heroica*) .

El ejemplo más relevante del compromiso juanramoniano con la realidad del momento quizás lo representa *Alerta*, título con el que el poeta pensó reunir una serie de conferencias que, por encargo de la Oficina del Coordinador de Asuntos Americanos en Washington, Juan Ramón hubiera debido dictar con el fin de «promover cooperación y buena voluntad» en la América hispana hacia la causa de los aliados y para «ayudar a defender los grandes ideales del espíritu, amenazados desde tan oscuros abismos» (SC, 133).

Es en los borradores de estas alocuciones, embrión de lo que sería su curso sobre *El modernismo*, donde se hace evidente que, sin abandonar nunca la máxima exigencia estética, el centro de gravedad de su escritura se ha desplazado definitivamente hacia la ética. América –del Norte y del Sur–, sus gentes, su geografía, le imponen al poeta una lectura completamente nueva de la realidad. Así hablaba de Neruda antes de convertir a América en su casa definitiva:

"Siempre tuve a Pablo Neruda [...] por un gran poeta, un gran mal poeta, un gran poeta de la desorganización [...] Posee un depósito de cuanto ha ido

encontrando por su mundo, algo así como un vertedero, estercolero a ratos, donde hubiera ido a parar entre el sobrante, el desperdicio, el detrito, tal piedra, cuál flor, un metal en buen estado aún y todavía bellos. (*Españoles de tres mundos*).

El juicio de Juan Ramón cambia sustancialmente en sus años de América, como confiesa en su «Carta a Pablo Neruda», *Repertorio Americano* (17 de enero, 1942):

"Mi larga estancia actual en las Américas me ha hecho ver de otro modo muchas cosas..., entre ellas la poesía de usted. Es evidente ahora que usted expresa con tanteo exuberante una poesía hispanoamericana general auténtica" (CP, 255).

Las dos Américas, la del Norte y la del Sur, hubieron de jugar un papel importantísimo en este cambio, como tuvieron que ver también en la modulación de su compromiso ético; un compromiso que se sustenta en los tres pilares ideológicos sobre los que se construía la denuncia que Julien Benda había hecho de los intelectuales en un libro *La Trahison des clercs*, que Juan Ramón lee en sus años americanos. A saber: la idea de patria; la idea de orden; y la renuncia del intelectual a la reflexión crítica.

Estos tres conceptos (patria, orden y renuncia a la reflexión crítica) constituyen otros tantos referentes de la traición de los intelectuales que según Benda se manifiesta en el olvido de las ideas de lo verdadero, de lo bello o de lo bueno, en favor de un pragmatismo al servicio de los mecanismos del poder. Y el cuestionamiento de estos tres conceptos (patria, orden y renuncia a la reflexión crítica) constituyen el hilo conductor del compromiso juanramoniano. Permítanme examinar, aunque sea brevemente, la relevante función que cada uno de ellos adquiere en la producción juanramoniana en su etapa Americana:

a) Raza, clase o nación se han convertido, a partir de la tercera década del siglo XX, en conceptos fundamentales para una serie de intelectuales:

*Hay dos tipos muy distintos de civilización: por una parte, la civilización **artística e intelectual**; por otra parte, la civilización **moral y política**. La primera se traduce en un florecimiento de obras de arte y de creaciones del espíritu; la segunda por una legislación que ordena relaciones morales entre los hombres. J. Benda*

Pues bien, constituyen estos dos tipos una idea recurrente en las clases que Juan Ramón impartió sobre el Modernismo: la idea de la literatura como fuerza disolvente de las barreras y fronteras nacionalistas. Así explica él lo que supuso el modernismo:

"Por aquel tiempo, las familias pudientes hispanoamericanas viajaban mucho por Europa, Francia sobre todo. Algunas vivían casi en Francia y hasta olvidaban el español [...] La política ignorante y fácil de algunos españoles, entonces en el candelero del mando, desvió de España y de su cultura española la ilusión de muchos buenos *hispanoamericanos*" (*Alerta*).

Esta fractura, esencialmente política, es la que vino a restañar el modernismo, con un Rubén Darío, que "amaba a España como un niño, y vino a España cargado de lo que le podía dar: poesía". "El modernismo tuvo –concluye Juan Ramón– la virtud que no tuvo ninguna otra de unir fraternalmente en admiración y en afecto mutuos a Hispanoamérica con España". Por eso él cree, y defiende con pasión en sus conferencias, que la guerra europea, alimentada en el virus nacionalista, "no puede ser resuelta más que por un modernismo absoluto" que borre desde la cultura las fronteras. Y concluye: , "Cuando pase la terrible y necesaria catástrofe ideológica y espiritual de esta guerra, espero que el odio universal se resuelva, por la poesía, en amor universal" (*Alerta*). Por eso, y no por razones estéticas, admira ahora a Whitman tanto como discrepa de T. S Eliot, acusándolo de un nacionalismo peligroso. Ahorro ahora la cita, pero, si les interesa el tema, no dejen de leerla en el texto escrito.

**

b) El segundo concepto que identifica la traición de los intelectuales y su deserción del compromiso con la verdad se concreta en la idea de orden.

*El autor del **Timeo** no hubiese reconocido demasiado su idea de orden en los actos con los que ciertas castas, al día siguiente de reivindicaciones populares que las han hecho tambalearse, "restablecen el orden. J Benda*

En este sentido, quiero traer a la memoria un texto de Juan Ramón en el afirma: "No hay hermosura ordenada sino diferencia inquieta. Téngalo en cuenta el mundo, este mundo limitado y breve que puede ser inmenso gracias a los que lo vivimos". Y, en otro lugar:

"A mí me gusta el defecto prosódico ... No hablan igual dos países de la misma lengua, dos rejonos ni dos provincias ni dos pueblos ni dos familias ni una persona de un mismo país en todos los instantes ni aún espresando los mismos afectos, ideas o sentidos.

Del mismo tenor es su defensa de lo popular. "El pueblo, la naturaleza –afirma– es más eternidad que la ciudad, la civilización, la cultura. La cultura no es eterna, es eterna la intuición". Es posible que lo popular parezca no acabado; es posible que lo popular se escape del canon convencionalmente establecido por la cultura de cada momento. Pero lo popular –con su singularidad– es siempre el denominador común de los pueblos; en tanto que la cultura levanta fronteras entre las gentes.

**

c) En tercer lugar, obligación del intelectual a la que no puede renunciar es la crítica, fruto del análisis y de la reflexión:

*Si Marx ha desarrollado perspectivas profundas sobre el sistema patriarcal, feudal, capitalista, y el paso de uno a otro, es porque empezó por sumergirse en el interior de estas realidades, por **vivirlas**; pero afirmo que es sobre todo porque supo **salir de ellas** y aplicarles desde fuera un pensamiento raciocinante, lo que según todos se llama razón. J. Benda*

Juan Ramón lo escribió, si no con las mismas palabras, sí con los mismos conceptos:

"Es decir, que el poeta es tan salvaje como el árbol, pero además un hombre civilizado, culto, cultivado por sí mismo que vijila a su salvaje. Y esta posibilidad de que su inteligencia pueda vijilar a su instinto ha sido también sucesiva, como la flor y el fruto y como debe ser la poesía".

"Muy fuerte en crítica, muy delicado en creación poética" era uno de sus lemas. Muy fuerte en crítica con los demás, pero sobre todo con uno mismo y con la actividad con la que cada uno justifica su existencia.

Después de defender su comunismo en lo material y su individualismo en lo espiritual, Juan Ramón tranquiliza a su auditorio norteamericano:

"No se altere nadie por esto que digo, ni por esta palabra: comunismo, comunidad, mancomunidad, comunero, común, todo tan español, a pesar

de todo o quizás como contraste. Las palabras, los nombres, tienen muchas veces un fantasma dentro que, a veces, se les mete ya de camino, como un viajero raro en un tren, y que a veces les da un negro sonido terrible. Los fantasmas son muy buenos ruidores y ruideros temibles. Pero ¿qué comunismo puede compararse, desde Tolstoi hasta nuestros días, de Rusia o de donde sea, al de las dictatoriales comunidades religiosas españolas o de donde fueren?... Sólo me he llegado hasta aquí para decir que es necesario matar al fantasma de las palabras negras, metiéndose dentro de ellas y de él con su propio nombre, no dejarnos asustar por el nombre del fantasma, ver en qué queda des-nombrándolo."

Su idea de patria no se casa ni con un territorio ni con una historia entendida como un lastre, sino que apela, a la hora de manejar tal concepto a los *Españoles de tres mundos*; que reivindica la diferencia frente al uniformismo; y que, en los años de su definitivo destierro, organiza la totalidad de su obra en torno al concepto de *conciencia*.

**

Hoy me he querido centrar, en mi homenaje al Andaluz Universal, en su compromiso intelectual, en su compromiso ético. Y alguien pensará que, al hacerlo así, me he olvidado de la dimensión estética de su poesía. Pero sucede que, al contrario de lo que sostienen muchos estudios académicos dedicados a Juan Ramón, estoy convencido de que no es posible entender con justeza el valor estético de la poesía juanramoniana, sin recordar su compromiso ético. Y que ese tal compromiso fue el camino elegido por el de Moguer para, con el ejemplo de Darío, "ruiseñor errante" como él, meterle "a América en el pecho / su propio corazón", el corazón de su propia poesía, un corazón que no se resigna a cantar, sino que además pretende descifrar el mundo y dotarlo de conciencia.

.